

# II DOMINGO de ADVIENTO

## COMENTARIO A LAS LECTURAS

P. JORGE PETERSON, OCSO.



PRIMERA LECTURA: Is. 11:1-10  
SEGUNDA LECTURA: Rom. 15:4-9  
EVANGELIO: Mt. 3:1-12

Adviento es tiempo de espera. Los tiempos de espera son importantes en el plan de Dios. Tienen una gracia especial para que estemos mejor preparados para el don de Dios.

Dios viene a nuestro encuentro. ¡No es un acontecimiento cualquiera! Una preparación cuidada es muy necesaria.

Hoy, en la lectura del Evangelio, S. Juan Bautista nos invita a preparar el camino de Dios. Él era un profeta original y bastante independiente. No fue preparado en la escuela de Gamaliel como S. Pablo. Más bien en el desierto, en una vida muy sencilla y austera. Su presencia y su mensaje provocaron un fuerte impacto en todo el pueblo judío de su tiempo. Había cierta expectación de la venida del Mesías. Acudieron muchos para escucharlo y ser bautizados por él. Algunos quedaron en el desierto como discípulos suyos por un tiempo. Llegaron también fariseos y saduceos.

El mensaje de S. Juan Bautista era muy directo, llamaba a la gente a la conversión: "Conviértanse, porque está cerca el Reino de los cielos." Aunque tenía un mensaje apremiante, no pretendía hundir al pueblo en la desesperación. Al contrario, se sentía llamado a invitar a todos a prepararse para lo que venía, o mejor dicho, para El que venía. Su mensaje era un mensaje de esperanza; Dios estaba preparando algo nuevo para renovar a su pueblo. Su bautismo era un bautismo de conversión; la gente reconoció su pecado y se bautizó. Se disponía a un cambio interior para acoger la acción salvadora que Dios tenía preparada, que estaba irrumpiendo en el horizonte para la renovación y salvación de su pueblo.

El mensaje del Bautista es igual al de Jesús al comienzo de su vida pública. "Conviértanse porque el Reino de los cielos está cerca." La conversión significa un cambio de dirección. Es renunciar a una manera de actuar o pensar, para asumir lo opuesto. Significa dejar el pecado para volver al buen camino. Conversión es escuchar la voz de Dios y obedecerlo; en la presencia de Dios, a menudo tomamos conciencia de nuestra pobreza espiritual. Él quiere que le entreguemos nuestras heridas psíquicas y espirituales. A menudo estas dos están enredadas. Una gracia de Adviento es sentir nuestra penuria espiritual, nuestra gran necesidad de un Salvador. Esto implica reconocer nuestro pecado; darle un nombre específico y luego arrepentirnos; esto significa renunciar a lo que nos separa de Dios. **En verdad, esto es algo muy positivo.** Dejamos lo que nos hace mal y abrazamos lo bueno. Reorientamos nuestras vidas hacia los valores verdaderos. Reordenamos nuestras vidas hacia algo muy bueno, auténticamente bueno. Es permitir que Dios actúe en nuestras vidas. Nos disponemos a buscar y cumplir su voluntad en nuestras vidas. Es sencillamente dejar afuera lo que en realidad no vale; lo que es vano, pura ilusión. Es acoger a Jesús, que quiere bautizarnos en su Espíritu Santo.

S. Pablo enumera unos frutos de la presencia del Espíritu en la vida cristiana: "El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio propio." No hay que pensar que podemos tener todos estos frutos en todas las circunstancias. ¡Imposible! Pero el Espíritu de Jesús nos ayuda a crecer en estas excelentes cualidades en la vida diaria.

La conversión nos orienta a estar atentos y obedecer a las palabras de Jesús. El Evangelio del jueves recién pasado nos recordó que así construimos nuestras vidas sobre roca. El ejemplo y la enseñanza de Jesús nos fortalece contra las tormentas de tentación que inevitablemente tenemos que pasar.

**La venida prometida del Salvador nos llena de esperanza.** En la Eucaristía celebramos la presencia de Dios con nosotros aquí y ahora; al mismo tiempo nos preparamos para convertirnos más a Él; además es una ayuda eficaz para seguir creciendo en nuestra fidelidad día tras día.